



# “Entre ‘fracasos’ y ‘exitismos’: promover autorías”

**Alicia Fernández** | Licenciada en Psicopedagogía. Directora de la Escuela Psicopedagógica de Buenos Aires.

Conferencia dictada en el IV CONGRESO DE EDUCACIÓN, Instituto Crandon, realizado en Montevideo, los días 28 y 29 de junio de 2008

Foto: Concurso fotográfico QE / Ana Inés Russo

Comenzaré relatándoles un breve encuentro que tuve hace muchos años. Yo era muy jovencita y fue mi primer cargo de orientadora educacional en una escuela, en un barrio muy carenciado de la ciudad de Buenos Aires; mi primer trabajo. Yo incluso, aún estaba estudiando los últimos años de la carrera de psicopedagogía y me dieron esa función de psicopedagoga en una escuela en un barrio, como les dije, muy carenciado. En aquellas épocas había también poco desarrollo acerca de la Psicopedagogía. Entonces fui a esa escuela y pensé: ¿qué puedo hacer? Y le di a cada maestra de la escuela un cuadernito para que me anotara los nombres de los alumnos que tenían problemas. “Acá tenemos muchos alumnos que fracasan”, me dijeron; entonces yo dije, “anótenlos”. Yo no sabía muy bien; me habían enseñado muchos test en la facultad –test psicométricos, test proyectivos, test de diagnóstico para determinar por qué fracasa un niño en la escuela. Esas eran las herramientas con las que yo contaba en ese momento, entonces iba llamando a estos alumnos que los maestros me anotaban; los llevaba a un gabinetito pequeño que había en esa escuela pública -muy, muy pobre la escuela- y bueno, administraba todos estos test y obviamente todos los niños salían con problemas de organicidad, poca inteligencia; es decir, unos resultados terribles.

Esto para mí fue maravilloso, porque yo estaba estudiando y decía, no puede ser que en esta región se hayan concentrado todos los problemas, algo acá está fallando. Esto fue muy

interesante en mi formación porque me hacía constantemente cuestionar aquellas teorías que determinan, desde algún lugar, rótulos.

Un día -más o menos a mitad de año- había llegado un alumno nuevo a la escuela y entonces yo entré como entraba siempre al aula, con mi cuadernito, a llamar a algún alumno. Este alumno nuevo pregunta despacito: “¿quién es esta?” (por mí), y entonces otro niño -que no estaba en esta lista que yo llevaba, pero que me había visto entrar muchas veces al aula a llamar alumnos- dice: “es la capataza”. Imagínense a mí en aquel momento, con 21 años; ser la capataza era lo más alejado posible de mi deseo (y hoy también) y del objeto de mi trabajo. Entonces yo me quedé muda, porque no lo había dicho como una agresión ni nada, lo había dicho despacito.

Quien me había otorgado ese título se llama Juan Díaz, lo recuerdo hasta hoy. Lo recuerdo tanto a Juan Díaz que hace poco, cuando me preguntaron, ¿cuáles son sus autores de referencia?, yo nombré a Winnicott, Freud, Piaget, Sara Pain... pero después pensé: voy a nombrar a Juan Díaz. Y dije Juan Díaz. Nadie me preguntó, habrán quedado pensando quién será ese autor del que yo todavía no he leído ningún libro. Pero bueno, Juan Díaz fue para mí un enseñante maravilloso.

¿Por qué lo digo? Porque yo al día siguiente fui y lo llamé -ya en el recreo lo encontré a este muchachito que tendría unos 10 años- y le dije: -¿Cómo te llamas?  
-Juan.

–Yo ayer escuché que tú decías que yo era capataz, ¿por qué?, ¿qué es lo que quiere decir?

Y él me explicó:

–Mi papá trabajaba en una fábrica, ahora es un desocupado, y él trabajaba y había un capataz que le tomaba el tiempo, entonces hacía un promedio de rendimiento (me lo explicó así, con estas palabras), entonces mi papá estaba ahí en la máquina y tenía que tener velocidad. Entonces, el capataz hacía un promedio y a fin de mes, a los que eran más veloces, les daba un plus en el salario. Entonces todos se apuraban, se apuraban para ser veloces, y entonces al mes siguiente el promedio de rendimiento era menor y mi papá fue quedando (después él me explicó que al padre le gustaba ver la obra completa, no el fragmento, el pedacito), entonces mi papá quedó atrás, y entonces un día el capataz lo echó.

Entonces yo pensé; pensé sobre los efectos de mi propio trabajo, más allá de mis intenciones y mis deseos. Y pensé: es cierto, Juan Díaz tiene razón; muchas veces, los efectos de mi trabajo en relación a si yo sigo tomando estos test, midiendo el rendimiento de los alumnos, haciendo estos *rankings*; si bien yo no lo hacía, pero sí era el efecto de lo que yo hacía, la consecuencia que de esto se iba a derivar, y me parece que Juan Díaz tenía razón y esto fue realmente para mí una enseñanza. Esos verdaderos enseñantes que uno tiene en la vida van enseñando siempre porque, por más que uno no los encuentre más, se encuentra en otro momento de la vida y hay otras circunstancias que le hacen pensar *huy, es cierto...* entonces, cuando me dieron el título de este encuentro de ustedes, yo me acordé también de Juan Díaz, y de esto hace 42 años -de mi encuentro con Juan Díaz-.

Juan Díaz me hablaba también, sin saberlo o sin conocerlo, pero con el saber de algo que sería muy importante que reflexionáramos. Acerca de algo que yo llamo **la lógica del éxito**, para poder entender la significación del fracaso, qué es un fracaso.

Quizás precisamos, no quizás, creo que el relato que les hice de Juan Díaz nos permite ver que precisamos ver y descifrar lo que yo estoy llamando la lógica del éxito, que hace 42 años estaba ya instalada cuando yo me encontré con

Juan Díaz; pero creo que esta lógica ahora ha llegado a un grado en lo social casi absurdo; en esto quisiera ahora detenerme.

Pero para poder pensar, y no solo detenerme en la lógica del éxito, quisiera hablarles a ustedes del *entre* en lo que estoy llamando **exitismos y fracasos**, es decir, mi propuesta que tiene que ver con promover autorías de pensamiento...

Y ustedes verán ahí que la palabra **autoría** se encuentra entre otras dos palabras: **alegría** y jugar, porque es entre la significación profunda de estas tres palabras que podrá encontrarse la capacidad de pensar, desenvolverse, aprender y enseñar, que la lógica del éxito obtura.

¿A qué me estoy refiriendo con esto de lógica del éxito? ¿Qué privilegia esta lógica?

Antes de ir a las palabras que yo escribí, yo diría que esta es una lógica casi asesina. Actualmente en Japón, en el cercano Brasil (no tengo datos en ese sentido de Uruguay y de Argentina, aunque sí tengo datos del alto índice de suicidios en adolescentes, pero no datos como los tenemos de Japón y Brasil), se presenta un alto índice de suicidios en adolescentes por el fracaso en los exámenes para entrar a la universidad. Es decir; o por el estrés, la angustia, el mandato, o la obligación de tener que triunfar en un examen en la universidad. Situación que lo coloca ante la posibilidad de que, para triunfar, él tiene que vencer al otro, porque si triunfan 5 (es decir, si 5 pueden entrar) quiere decir que su amigo, aquel que vino de la escuela siendo su amigo todo ese tiempo, siendo solidario... él tiene que masacrar a su amigo para poder entrar a la universidad porque los dos juntos no pueden estudiar para entrar ambos (o los tres, o los cuatro). Es una lógica terrible. Ustedes habrán visto -no sé si en Uruguay- cómo se ha instalado el término *loser* (perdedor) que es el peor insulto que los adolescentes, por ejemplo, argentinos -y en Brasil también- se pueden dar uno al otro. El peor insulto es 'perdedor' y dicho en inglés.

Yo hace unos 8 o 10 años vi la difusión de un *city tour* por la ciudad de Nueva York. Difusión para la promoción de un *city tour* por la ciudad de Nueva York. Así como para un *city tour* por Montevideo se diría alguna cosa agradable de Montevideo, "la ciudad de

la convivencia”, no sé, algo de esas características; bueno, este *city tour* decía “*visite Nueva York, una ciudad que todo lo perdona menos el fracaso*”. Esto era motivo de propaganda. Es muy fuerte, ¿será una ciudad que todo lo perdona menos el fracaso o se está instalando una subjetividad al interior también de cada uno de nosotros que “todo lo perdona” (entre comillas) menos el fracaso?

Entonces, ¿qué significa este fracaso?

Yo tengo una cantidad de palabras que ustedes verán que estoy colocando para permitir pensar aquello que estoy llamando lógica del éxito.

A ver si podemos promover y pensar en otro tipo de lógica -porque la lógica del éxito está asociada a una ética del éxito-, en otro tipo de ética que tenga que ver justamente con el sujeto, con la subjetividad, con la posibilidad de promover autorías (autorías de pensamiento, de deseos).

¿Qué privilegia esta lógica? Esta lógica privilegia el **producto**, el resultado. Por lo tanto, ¿qué anula?

Al privilegiar el producto anula, deja de lado los **procesos**.

¿Qué es lo que quiero decir con los procesos?

Es justamente la construcción, donde cada uno de nosotros puede encontrarse autor. Uno no se encuentra autor en el resultado de su obra. Uno se encuentra autor cuando se encuentra produciendo esa obra en eso que llamamos el proceso; mi propia marca, aquello que dice: “esto lo he hecho yo”.

Con esto que estoy diciendo, recuerdo lo siguiente:

Muy asociada a la lógica del éxito está la caracterización (o el supuesto, porque no llega a ser ni un diagnóstico) de baja autoestima.

Ustedes habrán escuchado hablar mucho de **autoestima** y habrán escuchado que siempre que se habla de autoestima se habla de *baja* autoestima. ¿No? Yo nunca he oído diagnosticar a alguien de alta autoestima o de exceso de autoestima. ¿Ustedes han encontrado a alguien que diga: esta persona tiene un problema de exceso de autoestima? No; siempre es baja autoestima.

Entonces, yo me pregunto también, ¿por qué será que viene de la mano de esta lógica del éxito aquella cuestión de la baja autoestima?

¿Será que tenemos que promover la autoestima o tendremos que crear otra palabra? Si de estima se tratase, a mí me parece que lo que falta es **heteroestima**, o sea, poder generar una sociedad, una comunidad donde lo que se extiende es la posibilidad de estimar al otro, a los otros, a la singularidad de cada uno de los otros. Y la heteroestima dará la posibilidad de trabajar con la autoría.

Porque la autoría no es una cosa solista de volver sobre uno mismo y decir “¡ah!, qué lindo que soy, qué bueno que soy, qué bien que hago las cosas, hago todo bien, todo me sale bien”, mirarse en el espejo y encontrarse bueno y maravilloso. No, la autoría no es eso.

La autoría es encontrarse autor.

Y, ¿saben lo que quiere decir etimológicamente la palabra autoría?

Yo lo he encontrado incluso a posteriori de escribir el libro *Poner en juego el saber*, que trataba principalmente de ese tema y no me había surgido buscar la etimología de la palabra autoría.

Y autoría quiere decir “hacer crecer alguna cosa”, ¿no es maravilloso?; y por lo tanto (digo yo) sentirse responsable de aquello que hago crecer, que me responsabilizo por su crecimiento.

Como ustedes verán, aquí la lógica del éxito, en la medida en que privilegia el producto y anula el proceso, va matando esta autoría y esta autoría es el sentirse responsable, una responsabilidad que *está entre*; entre el otro y yo. No es una responsabilidad, ni la autoría es algo de propiedad privada, porque un maestro o un enseñante enseña en la medida no solamente en que trata y quiere que su alumno aprenda, sino que cree (del verbo creer en castellano). Cree que su alumno puede aprender y si cree que su alumno puede aprender -y sólo así- se responsabiliza al enseñarle. Porque si no, si ya adjudica y si viene para esto un supuesto especialista a darle una justificativa con un supuesto diagnóstico hoy tan de moda (principalmente con siglas, porque las siglas son más misteriosas, es decir, dicen lo mismo que una descripción pueda decir,





pero le dan un carácter de científico), si un especialista adjudicó una sigla para decir “fulanito no aprende porque es DHD con H o sin H”, es decir, todas las siglas posibles; entonces, yo no me responsabilizo de enseñarle. Porque el verbo creer, fíjense que el verbo creer en castellano es maravilloso, porque la primera persona presente del indicativo del singular y sólo en esa conjugación, ¿cómo se dice?

—Yo creo.

—Y ahora díganme la misma del verbo crear...

—Yo creo.

—¿No es maravilloso?, es la misma palabra: yo creo.

Si yo creo de “creer”, voy a “crear”, me veo en la obligación ética de crear las condiciones para que aquello que yo creo (por ejemplo, que mi alumno puede aprender) sea posible. Va a ser mi responsabilidad y de ahí va a venir mi alegría, de mi obra.

Pero sigamos con la lógica del éxito.

En la medida en que esta lógica privilegia el producto, anula el proceso; a su vez busca la **homologación** y retira la historia, la singularidad, la originalidad de cada uno, cada ser. Es decir, promueve el entrenamiento, el

sometimiento, la llamada capacitación. Promueve la capacitación...

¿Por qué será que ahora los cursos se han llamado capacitación y no enseñanza?

Es interesante.

Hasta las palabras a veces van como mostrándonos algún tipo de movimiento que se realiza.

La eficiencia instrumental en lugar de la eficacia es otra cuestión que necesitamos ver. La diferencia entre eficiencia instrumental y eficacia simbólica. Eso lo dejo abierto para que ustedes lo puedan pensar.

Se coloca al maestro como un medio para obtener un fin, le quita por lo tanto el lugar del maestro, la persona del maestro, la subjetividad del maestro.

Y esta lógica (la lógica del éxito) intenta **negar** la existencia del dolor. Del sufrimiento, de la violencia; de esto no se habla. Y coloca al ser como un mero **consumidor** y objeto consumido, ¿por qué, qué anula? Al negar la existencia del dolor, esta lógica anula la posibilidad de elaborar el dolor y, por lo tanto, la posibilidad de la alegría. Porque cuando se intenta negar la existencia del dolor -por ejemplo, el dolor de no aprender que es un dolor muy grande es un sufrimiento muy grande, por ejemplo, el de no ser reconocido, el de no ser escuchado... y cuando se niega la

existencia del dolor, se niega también la existencia de la alegría, porque la alegría no es opuesta a la tristeza, porque la alegría y la tristeza surgen de una misma posición, una misma posibilidad que es la posibilidad humana que tenemos todos de *con-movernos*, una palabra maravillosa de nuestro idioma que quiere decir “moverse con”. Delante de la injusticia, por ejemplo, no quedarse quieto o llorando en su casa, sino “moverse con”, conmoverse. Entonces, la posibilidad de conmoverse nos permite poder derramar lágrimas de tristeza o lágrimas de alegría que son las mismas lágrimas, no hay unas saladas y otras dulces, las lágrimas son lágrimas tanto de alegría como de tristeza, es la posibilidad de conmovernos delante de esta situación.

Y quien no consigue derramar lágrimas -digo yo metafóricamente- delante de la injusticia y el dolor ajeno y el propio, no tendrá la posibilidad de derramar lágrimas de alegría por la propia autoría. Porque lo único opuesto a la alegría es la indiferencia, el aburrimiento: “yo no puedo hacer nada, esto me supera, esto es un problema social y esto pasa en todo el mundo, es una característica de nuestra sociedad y qué vamos a hacer nosotros, nada”.

Ahí está el aburrimiento, la indiferencia, el hastío, la abulia, la apatía; esto sí que mata la alegría que es la nutriente de la autoría; aquella fuerza impulsora, vital, que nos hace reconocer a nosotros mismos, y nos da significación y da sentido a nuestra vida, a nuestra forma de mirar a un alumno, a hechos y situaciones tan simples y tan profundas como el modo de mirar a otro... esto es genuino, pero como docente, acá, tenemos un desafío difícil pero a la vez gratificante:

*“Poder incluir la alegría y la autoría en el propio acto de enseñar”.*

Y para ello, como nadie puede producir para el otro lo que simultáneamente no está produciendo para sí mismo -y este es el gran privilegio de nuestro hacer- necesitamos abrir espacios de autoría para nosotros mismos, es decir: posibilidad de reconocernos en aquello que estamos haciendo y con el poder de haberlo producido. Porque esto de que no podemos hacer por los otros lo que no hacemos por nosotros mismos es algo tan evidente que, por ejemplo, cuando uno sube a un avión, el comandante de a bordo dice por un micrófono:

“si se llega a perder el oxígeno de la cabina entonces caerá una máscara con oxígeno...” y dice claramente: “si usted tiene a su lado a un niño o a alguien que precisa de ayuda ante esta falta de oxígeno, entonces colóquese primero usted el oxígeno y después colóqueselo a la persona que necesita ayuda, que está a su lado”, yo nunca he escuchado a nadie que pregunte: “¿por qué primero yo y después el otro?”. Es evidente que si uno se quedó sin oxígeno cómo va a ayudar al otro a oxigenarse. Bueno... para mí la autoría es ese oxígeno, solamente que no cae en máscaras del techo de ningún lugar; es una producción, es algo que precisamos producir, ir produciendo.

Ahora yo quisiera volver a la lógica del éxito para detenernos en este lugar del consumidor. Porque esto quizás nos permitirá abrir algunas ventanas a la lectura, a la interpretación de algunas situaciones que se producen en la escuela.

Estamos ante nuevas patologías, entre ellas están el déficit atencional, la hiperactividad, que vienen de la mano de la propaganda farmacéutica con la correspondiente medicación que resuelva tal problemática rápidamente.

Todo tiene que ver con la rapidez. Ya vamos a hablar del tiempo, de la cuestión del tiempo.

Pero yo, brevemente -aunque esto merecería un análisis más profundo-, quiero ver las relaciones entre lo que sucede a un nivel social general y cómo se van conformando supuestas nuevas patologías.

El tema de la atención: cuando comenzaron a intensificarse los estudios sobre la atención -y no la capacidad atencional, como yo la llamo- el prestar atención llegó a ser como el foco de los estudios. Esto coincide -si ustedes hacen un estudio sociológico histórico- con el momento donde la industria comienza la producción en serie, y ahí toda la psicología experimental comienza a hablar de la atención, del prestar atención como lo central de la conciencia. Entonces, la producción en serie, ¿a qué lleva?; a un operario quieto y un objeto parcial en movimiento -aquel, el papá de Juan (¿se acuerdan de Juan Díaz?)-, bueno, un operario quieto -lo más inmóvil posible- y un objeto parcial en movimiento.

A nivel educativo comienza toda la cuestión de cómo en la escuela, el alumno debe prestar atención y la importancia que el prestar atención tendría en el aprender.

Yo ahora estoy pasando por esto muy rápidamente, pero simplemente para abrir ante ustedes un panorama para continuar pensando en este sentido, en estas relaciones.

Hoy en día, en esta sociedad actual -llamémosla neocapitalismo, como queramos- las demandas aparecen contradictorias; por ejemplo, hoy existe una demanda de hiperatención -vamos a llamarlo así- de un exceso de atención al consumo. Pero, además, esta hiperatención al consumo requiere de una **dispersión atencional**, porque supuestamente, para ser un buen consumidor reconocido en la sociedad -aquel que más consume está más reconocido: recibe más premios, tiene más ventajas, tiene plus, puntajes, premios- se requiere de una dispersión atencional a la cantidad de objetos que precisa consumir. Ya no es la atención focalizada del operario quieto y sentado, y el objeto parcial en movimiento.

Por un lado, esta dispersión atencional que requiere de una velocidad, de una rapidez, porque “¡compre ya!”, “¡llame ya!”... Incluso no puedo elegir, ¡cómo voy a pensar si tengo que llamar ya!, ni siquiera me da el tiempo de ir caminando (en ómnibus o en auto) hasta el negocio a comprar el producto, porque en la pantalla tengo la dispersión del conjunto de objetos fragmentarios también (fragmentos) y, ¡compre ya!, y ya compro, entonces ya me he transformado en el poseedor de aquel objeto.

Esta dispersión atencional, pero al mismo tiempo la exigencia de éxito que viene junto, es decir, la exigencia de éxito que me exige focalizarme en un rendimiento, ya no en la dispersión.

Ven cómo se dan demandas contradictorias que van como produciendo una cierta -digo yo- *ynadificación* del objeto.

No es casual que hoy nuestros adolescentes usen como muletilla el “nada”. No sé si en Uruguay se da, porque quieren decir algo y dicen “nada”, es decir: “-¿cómo estás?, -nada, bien, nada”; “-voy a ir o estoy estudiando, nada”. Hay que escuchar, es muy interesante escuchar de qué nos habla ese “nada” o aquel otro de los adolescentes, no estoy “ni ahí”. Es muy interesante, dónde estoy, ni ahí donde ustedes me quieren colocar estoy. Lógica del éxito; hay algo allá, un producto, pero que ni siquiera está visible, de un rendimiento que tengo que lograr, que además no es constante porque quien va a

triunfar sería aquel que tiene la posibilidad, con la flexibilización del trabajo, de cambiar de trabajo rápidamente. Entonces es como acá (¿yo qué he colocado?): sentimientos de fracaso, ¡sentimientos! Necesitamos analizar el fracaso o el sentimiento de fracaso: ¿qué viene primero, el fracaso o el sentimiento de fracaso?, una pregunta que dejo planteada.

¿Qué relación existe entre esto?

Indiferencia, agresión, malestar, tedio, insensibilidad, impulsividad; y, ¿dónde se sitúan los síntomas? Ahí coloqué la pregunta para que quede presente en todos nosotros: ¿se trata de baja autoestima o de baja heteroestima?

Y entre fracasos y exitismos: ¿qué es la autoría de la que estamos hablando en relación al aprender? Porque el aprender, además de su carácter utilitario, principalmente es constructor de subjetividades. La escuela se ha ido dirigiendo -a veces- a un organismo, a un cerebro, a una inteligencia, pero ¿qué es un sujeto que aprende? Un aprendiente, aprender -digo yo- supone entre muchas otras cosas, como es constructor del sujeto, del ser humano, de la subjetividad, de su espiritualidad (de lo que él significa, del sentido de su vida), es también un reconocimiento del andar del tiempo, del proceso. Es constructivo de ese proceso y construye un yo como autobiográfico, un yo constructor de su propia autobiografía.

Estoy hablando esto rápidamente, porque quiero detenerme en el tema del tiempo.

Aprender supone, y sin esto no hay aprendizaje, un sujeto que se historiza, ¿por qué? Porque aprender es un modo de situarse ante el pasado que implica construcción, de-construcción y reconstrucción como único modo de situarse en este presente. La lógica del éxito, al anular el proceso, anula esta posibilidad de historizarse.

Y no sé si tengo tiempo, justamente hablando del tiempo, quisiera relatarles brevemente -me gusta, a veces, contar algunas pequeñas historias, relatos, experiencias; me parece que ayudan más a cada uno a hacer pensable sus propios saberes-. Esto es una historia breve que me contaron en Minas Gerais, ahí en el centro de Brasil, donde ellos son contadores de historias.

Esta historia decía así:

Una vez, un señor, un capitalista, dueño de muchas empresas -serían financieras ahora- va de vacaciones a una islita perdida. En esta islita se encuentra con un pescador que está pescando. Entonces, este señor capitalista le empieza a hacer preguntas al pescador.



- ¿Hay mucha pesca?  
 –Sí.  
 –¿Usted está pescando hace mucho tiempo?  
 –Sí.  
 –¿Desde qué hora?  
 –Desde tal hora.  
 –¿Y usted pensó en poner acá una hostería?  
 –No, ¿por qué?  
 –Para ganar mucho dinero y poder poner un hotel: ¿no pensó en poner un hotel?  
 –No, ¿y por qué?  
 –Y... para ganar mucho dinero.  
 –Y, ¿por qué?  
 –Y para después poner un shopping, hacer un gran emprendimiento y ganar mucho dinero.  
 –Y, ¿para qué?  
 –Y para tener más dinero, que esta isla sea una gran ciudad y pueda usted tener mucho más dinero, que se hagan unos emprendimientos mayores.  
 –Y, ¿para qué?, dice el pescador.  
 Y entonces el capitalista le dice.  
 –Para tener tiempo libre.  
 –Y, ¿para qué?  
 –Y para poder venir a pescar.

Bueno, esta es la historia que me contaron ahí, en Minas Gerais. Entonces yo pienso, ¿será que solo existen estas dos nociones de tiempo?, aquella de “Time is Money” (del tiempo es dinero) y la del pescador. O será que quizás nosotros -digo nosotros, porque todos los que estamos aquí presentes, un sábado a la mañana nublado- podemos ser quizás, y la escuela probablemente sea, un lugar de posibilidad, incluso diría yo hasta de resistencia en el sentido de defender las subjetividades y poder estar construyendo otra posición delante del tiempo. El tiempo de la escucha.

Como ustedes estarán viendo en esa pantalla, yo he colocado una cantidad de atrapes. Ustedes saben que a mi primer libro lo llamé *La inteligencia atrapada*, y esto era hace bastantes años, y esto continúa siendo presente, actual. Pero actualmente yo veo que hay correlacionados con este atrape de la inteligencia -que mucho tiene que ver con el tiempo, y por eso estoy llamando la atención aquí para pensar en la cuestión de cómo construir otro tiempo-, se da asociado con algo que yo creo muy importante trabajar cada vez más, que es la **capacidad atencional atrapada**. Dejemos de hablar de déficit atencional

y comencemos a hablar de capacidad atencional. Cómo se promueve la capacidad atencional y cómo está en muchas circunstancias atrapada nuestra propia capacidad atencional. Por ejemplo, por las leyes del consumo, por la lógica del éxito, es decir, a qué estamos prestando atención y no nos deja atender en el verdadero sentido de la palabra. “Atender”, etimológicamente quiere decir cuidar, atender es cuidar. Entonces, a qué estamos prestando atención nosotros, es decir, cómo desatrapar en nosotros esta capacidad de atender para posibilitar en los otros la imaginación -la imaginación radical de la que Castoriadis nos habla-, la capacidad de elegir -todo esto está relacionado, no son cosas sueltas las que estoy diciendo- y la actividad pensante. Dejemos de hablar de hiperactividad como un rótulo, como un algo que excluye al otro y ya sabemos por qué le pasa lo que le pasa, y comencemos a pensar si de “hiper” o “hipo” se trata, pensemos en la “hipo” (estoy inventando la palabra) “hipoactividad” pensante, lúdica y transformativa. Porque si la hiperactividad aparece como una manifestación externa... además pensemos... la lógica del éxito es una lógica de la hiperactividad, de la velocidad, de la rapidez, de lo instantáneo... entonces tratemos de abrir espacios para que con la hipoactividad pensante, lúdica, transformativa, pueda irse mitigando de alguna manera todo esto. Esta llamada hiperactividad, ¿no estará relacionada con una hiperpasividad pensante, con una no escucha?

Esta cuestión del tiempo -entre todo lo que se podría hablar sobre la lógica del éxito-... yo quise detenerme, y me estoy deteniendo, en el tema del tiempo...

Pero el tiempo cronológico no va, a veces, muy de la mano con los tiempos internos. Si nosotros nos robamos el tiempo; el tiempo interno, el tiempo de escucha, el tiempo de reconocernos, el tiempo de pensar en lo que hemos estado haciendo, el de construir nuestra propia historia; si nos robamos el tiempo, entonces nos estamos robando nuestra experiencia, nuestro saber.

Quiero hablar de la vertiginosidad de esto de lo que estamos hablando, del tiempo, solamente los voy a dejar con esta temática, la temática de la vertiginosidad en el ofrecimiento, por ejemplo. En las instituciones



educativas hay una vertiginosidad en el ofrecimiento de informaciones, exceso y mucha información. A cuanto más información, menor significación, menor autoría, menor posibilidad de construcción, de atribuirle sentido, de darse el tiempo para hacer propio aquello. Entonces, esa vertiginosidad que viene de la mano del exceso, de aquello que hablábamos del consumismo, de transformarnos a nosotros en objetos consumistas en lugar de en seres humanos con nuestros dramas, con nuestros deseos. Yo acá quiero colocar a ustedes, casi como una pregunta, sobre algo de lo que yo en este momento estoy trabajando y estoy escribiendo sobre esto. Les estoy como solicitando pensar sobre esta cuestión, y quizás en las preguntas ustedes podrán detenerme en qué es lo que quiero decir acá.

Veo una relación entre esto que se llama nuevas patologías, los nombres que ustedes encuentran ahí: bulimia, anorexia, hiperactividad, déficit atencional, conductas temerarias (conductas de riesgo de los jóvenes, de los adolescentes), síndrome de pánico. Bueno, esas seis que están ahí nombradas son las llamadas nuevas patologías, que han aparecido bien al final del siglo pasado y en los inicios de este siglo. Yo creo que existe -y en esto los dejo pensando, que mucho tiene que ver con la lógica del

éxito y con el sentimiento de fracaso, productor desde mi punto de vista de muchos fracasos que podrían evitarse- una relación que son dos movimientos sintomáticos delante del exceso y la vertiginosidad; respuestas sintomáticas obturadoras de la autoría.

Ustedes habrán visto que la bulimia -el comer, comer, comer en exceso y producirse el vómito, expulsar aquel alimento- viene asociada a la anorexia, o sea, el no tomar contacto con el alimento -no incorporar-. Esto está dentro de las nuevas patologías; si bien siempre existieron bulimia y anorexia, hoy en jóvenes hay índices altísimos donde se han hecho estudios, a veces, en preparatorios de la universidad y hay un 20% en algunas universidades del sur de Estados Unidos; 20% es un índice altísimo, entre las mujeres jóvenes, de padecimiento de anorexia y bulimia. Son datos muy importantes, no podemos quedarnos al margen y decir: ah, es una nueva patología. Frente al alimento, o sea, aquello que me nutre, que está dado por el otro pero que yo construyo como parte de mi mismo cuerpo, yo creo que la relación que existe entre la bulimia y la anorexia es que ambas son respuestas a este exceso de ofrecimiento (la vertiginosidad y la rapidez del ofrecimiento del alimento); puedo dar una respuesta de no poder elegir, en ambas no puedo





Foto: Concurso fotográfico QE / Gabriela Gioscio

elegir el alimento. Incorporo, incorporo, incorporo y expulso rápidamente todo aquello, o puedo (otro síntoma asociado) no tomar contacto con el alimento y hasta llegar a situaciones de muerte como tenemos en los hospitales, números altos de jovencitas muertas por anorexia.

Yo quiero que ustedes vean una cierta relación que yo encuentro. Aquí yo coloqué junto a “bulimia”, “hiperactividad”; y junto a “anorexia” coloqué “déficit atencional”. Y aquí coloco “no puede elegir el objeto a conocer”. Yo creo que en el plano del pensamiento también nos encontramos con dos respuestas sintomáticas semejantes a bulimia y anorexia, que son: la hiperactividad, al no poder tener el tiempo, la posibilidad de elegir, de apropiarme, de ser autor, constructor de aquello que aprendo, entonces puede aparecer esta hiperactividad, este exceso de movimiento, pero no me queda ningún gesto, salto-corro-vengo-voy-tomoto, todo, pero nada es mío, no es un gesto que tiene sentido, no tiene significación, para lo cual requiero de un tiempo, de una caricia, de un toque, de una ternura, de un contacto cuerpo a cuerpo; o puedo hacer el déficit atencional, semejante en el plano del alimento a la

anorexia, no tomo contacto con el objeto, nada me interesa.

Y junto a la bulimia – hiperactividad estoy colocando como una respuesta ante este exceso: conductas temerarias. Entonces siento verdadero que tengo un cuerpo si me pongo en riesgo (“parkour”, deportes de riesgo, eso ustedes lo ven en Montevideo como se ve en las grandes ciudades) o síndrome de pánico -que aparece como si fuese el opuesto, pero yo los estoy viendo como dos respuestas sintomáticas ante lo mismo-, no puedo salir de mi casa, todo es temible, el mundo externo es amenazador.

Entonces, y como abrió el profesor que me precedió, pensando qué es justicia, qué es una educación justa, en la escuela no solamente vamos a estar hablando de aprendizaje de contenidos educativos, sino que vamos a estar hablando de aprendizaje de la vida del ser humano; para que lo que en la escuela nosotros podamos promover, vaya mucho más allá de las paredes de esa escuela y vaya mucho más allá del tiempo que ese alumno transcurra en la escuela. @